

Por Abel Naranjo Villegas

Alumno Fundador
y Doctor en Derecho de la U.P.B.

Subjetividad y Objetividad de las Clases Sociales

Abordamos uno de esos hechos sociológicos esenciales para la comprensión del mundo que ha derivado en clases sociales. Implicará esto una mejora, una degradación, una desviación simplemente? Constituirá acaso una necesidad de la naturaleza social, o será una deformación estructural de esa naturaleza?

Por lo pronto es conveniente anotar que ninguna de las veintiuna (21) sociedades o culturas que han existido hasta ahora sobre la tierra, y, concretamente, ninguna de las cinco existentes en este momento, han tenido su organización, fundada en el sistema de clases. Ni las cuatro que coexisten ahora con la nuestra, tienen esa organización. En aquellas, las que están fuera del área cristiana de civilización, subsiste todavía la organización en castas, absolutamente cerradas. Su articulación al gobierno es no solamente cuestión de instituciones civiles sino requerimiento religioso. Cabría, pues, comparar si es más conforme a la naturaleza la existencia de las castas o de las clases; si es más conforme a la libertad del hombre la casta que la clase, y, finalmente, si implica más progreso la estructura de clases o la de castas.

Para darle orden a las cavilaciones que preceden hay que arrancar la clasificación, es decir, la estratificación en clases de la población, en tres órdenes primarios que son: vitalidad, personalidad y socialización.

Clase y fuerza. — Históricamente la **Clasificación** es decir, el móvil determinante de la clase, es la **fuerza**. Los más esforzados son los que dominan a los demás. De entre ellos, son elegidos el jefe del clan, el de la tribu y la horda, estructuras primitivas y antecedentes de la sociedad organizada ya por otros móviles distintos de la fuerza física o vitalidad. Quiere decir lo anterior que, la primera condición que apare-

NOTA. — Este es el Capítulo XI de la obra "Sociología", próxima a aparecer.

ce en la historia para fijar la clase, la **posición** de un hombre frente a otros, es la fuerza. Hay, pues, aquí un problema previo que nos servirá más adelante y es el de que la clase está definida como una posición y, por lo tanto, que hay en su estructura envuelto un concepto sociológico de distancia. Esa tensión entre el miembro de una clase y de otra aparece en un principio como producto, pues, de la fuerza. Muchos milenios debieron correr en esta situación, porque el más fuerte escogía también a sus congéneres para dominar al resto de los hombres. Es, de todas maneras, un elemento físico el que fija la **posición** y no es muy difícil concebirlo si compulsamos el fenómeno con los grupos sobrevivientes de la barbarie, aun en nuestros días. Si consideramos que aquellos hombres primitivos no tenían todavía **sede**, no eran, pues, sedentarios, advertimos la condición formal de una cultura realmente valiosa. Eran, pues, pre-sociales en cuanto que no eran sino consumidores de los frutos naturales de la tierra y no productores como son ya los pueblos que han ingresado a la cultura.

Clase y personalidad. — La personalidad es factor de la clase cuando ya el hombre ha alcanzado aquello que Spencer llamó, “conciencia de la especie”. Puede decirse que allí comienza la cultura o sociedad porque la consideración ya no recae exclusivamente sobre lo físico, la fuerza, sino sobre lo anímico, la personalidad que está integrada por talento, sentido de la organización y también, sin excluirla, fuerza. Es el momento en que la estirpe empieza a ser fundamento de la **clasificación**. A este estrato pertenecen las castas, ya que en ellas primordialmente se atiende a la estirpe, al linaje, para conocer la “**posición**” y, por consiguiente, la distancia social que hay entre sus miembros.

Podría decirse que el segundo elemento es común a todas las culturas existentes y existidas hasta hoy, incluyendo la nuestra. Es en la baja Edad Media, cuando empieza a disolverse el sentido de la casta en el feudalismo y la nobleza, última reminiscencia de la casta y preludio de la clase, en el sentido en que hoy la entendemos. Desde la nobleza se estructura, pues, una sociedad cuyo elemento diferencial es la posición frente al Monarca. Reyes, Emperadores y Príncipes, son la corona de esa estructura que se enlaza hasta las más bajas capas por intermedio de Duques, Condes, Marqueses, Caballeros, Alféreces, señores y siervos. Estamentos que participan todavía del concepto cerrado de la casta pero que preludian ya una estructura más abierta que ha de diluirse, posteriormente, en las clases.

Linajes y clases. — Un elemento común a estos dos estratos de clasificación, la fuerza y el linaje, es el carácter subjetivo que tienen ambos. Todo depende del individuo, sin que todavía **lo social**, es decir, aquello que brota, a pesar nuestro o con nuestro consentimiento, de la conducta intersubjetiva, pueda tener predominio aún. El hombre está colocado frente a un hecho. No le queda otro camino que abatirlo o someterse, utilizando aquellos sentimientos primarios, absolutamente subjetivos que son la ambición y la fuerza de predominio o el miedo que incita a acomodarse y transigir mientras alcanza fuerzas

para destruir lo que se le opone. Esta lucha secreta es el alimento de toda la crónica de los absolutismos.

También hay otro elemento que aparecerá en toda su desnudez al llegar al estadio de las clases; es el poder político y económico que se concentra en las manos de los linajes. Se confunden, pues, un poco la preeminencia del linaje y la de la riqueza a través de todos esos tiempos, no porque la riqueza sea la causa sino una condición formal de su poderío. La circunstancia de que los más valerosos, hábiles o de suerte, salvaran a los grupos en los momentos de peligro, casi siempre invasiones de hordas salvajes, era el origen de los títulos que heredaban sus descendientes. Con los títulos, se les adjudicaban las tierras, único bien que se conocía antes de aparecer el industrialismo moderno. En esto es posible el círculo vicioso porque unos explican los bienes por los títulos y otros los títulos por los bienes. Pero es conveniente llegar hasta el acto de concesión para darnos cuenta que lo uno es condición formal y no causa de lo otro. Lo que prevalecía en el sistema feudal era el título y no la riqueza y ese título era el que determinaba el fenómeno de la **distancia** social. El noble podía llegar a la miseria económica y seguía teniendo las consideraciones de su rango. En cambio, el rico sin títulos era ridiculizado y menospreciado en aquel mundo como un advenedizo.

Clases y socialización. — Sobre estos antecedentes podemos dejar de lado la sociedad de castas imperante fuera del área de la cultura de origen griego romano y ocuparnos preferentemente de esta última que es la que vive hoy en Europa, América, algunos países del Asia e islas continentales como Islandia y Australia. Pues bien. En este mundo llamado de civilización occidental, más o menos, puede decirse que la clase social está en relación directa con la movilidad o estratificación de los grupos. En los grupos en que predomina la movilidad social los elementos dinámicos en la acción ocupan la primera escala y, en cambio, se rezagan los que no son dinámicos sino contemplativos. Ya en este plano de la socialización vamos a examinar los elementos que se han considerado como determinantes de las clases.

Clases y consumo de bienes. — Las características distintivas de esa clase, tres para simplificar lo más posible, alta, media y baja, son la capacidad económica, posición política, linaje y función social de sus miembros. Hay algunos autores que insisten en el reconocimiento de esas clases por el consumo de bienes, pero esto no deja de ser un círculo vicioso. El consumo de bienes está determinado, en mucha parte, por la capacidad económica. El buen gusto para consumir bienes está condicionado por esa capacidad, aun cuando también la contraria sea cierta. De todas maneras una persona de buen gusto que quiera consumir las telas más costosas para el vestido, vivir en la casa más refinada, comer los alimentos más exigentes, ser servido en vajillas más costosas, etc. tendrá que condicionar todo eso por la capacidad económica. Y, a la inversa, un millonario que carezca de ese refinamiento en el gusto no sabrá que calidades buscará en las cosas para que correspondan a su riqueza.

Posición social. — Esas características nos dan el camino para llegar con alguna comprensión al concepto de clase, sin que el orden implique jerarquía porque esas características pueden ser simultáneas. En un mismo grupo social puede alcanzar idéntica posición el hombre que tiene una gran capacidad económica, un puesto político importante, Presidente de la República, Ministro, etc. un linaje esclarecido, una función social muy egregia, aun cuando en los últimos casos no concurre la primera característica. La política, sobre todo, en los últimos tiempos ha alcanzado tales dimensiones que llega a convertirse casi en una especie de carisma. Como ella decide ya sobre todos los fenómenos de la vida social sus representantes alcanzan una categoría superior en todos los órdenes. En pueblos como Rusia el funcionario político representa a los ojos de la muchedumbre una escala superior inaccesible al común de los mortales, y, en cambio, la capacidad económica ha sido anulada por el sistema de economía socialista.

Paradójicamente aún en sociedades de industrialización extrema, y, por tanto, de movilidad social muy acusada, subsiste la consideración por los linajes, desbordando a la capacidad económica. Tal ocurre, por ejemplo, en los países europeos cuyos remanentes nobiliarios, a pesar de la revolución sangrienta, siguen teniendo un ascendiente social entre la muchedumbre, no obstante que casi toda esa nobleza esté hoy arruinada. Pero no es sólo en esas sociedades añejas.

En los mismos Estados Unidos de Norteamérica puede observarse el fenómeno en sociedades como la de Boston, cuyos apellidos más sobresalientes no son propiamente los de los grandes millonarios sino los de los más rancios abolenos. Todavía más, en Nueva York, que pudiera servir de arquetipo de una sociedad industrial, con vibrante movilidad social, hay apellidos tradicionales que subsisten, a pesar de que no representan dinastías monetarias, con ascendiente social muy encumbrado.

Las sociedades suramericanas destacan mucho más ese fenómeno. Países casi todos "subdesarrollados" se observa en ellos que la "posición social" sigue siendo más encumbrada en los descendientes de familias distinguidas, a pesar de la extrema pobreza en que muchas veces sobreviven. Particularmente en los medios aldeanos y pequeños, subsiste un recelo, injusto muchas veces, contra aquellos ciudadanos que, no teniendo antecedentes brillantes, han adquirido una posición económica debida a su esfuerzo creador, a su afán por engrandecer a la comarca. En general lo que se distingue entre nuestras naciones suramericanas son aquellos núcleos en los que la prepotencia social la tienen únicamente los apellidos vinculados a su desarrollo político, aun cuando pobres, descuidando, a veces injustamente, a quienes en el pasado se dedicaron al trabajo y no tuvieron ambición de brillar. Sólo en los últimos tiempos empieza a tener consideración social hacia grupos ricos, suscitando un curioso resentimiento que aglutina doctrinas marxistas y deformaciones cristianas apoyadas en la parábola del camello y la aguja.

Objetividad y subjetividad de la clase. — Es necesario deducir que hay una subjetividad muy considerable para enjuiciar el pro-

blema de la "clase social". Muy lentamente, se va abriendo camino un factor objetivo determinante de ellas. La clase social está muy vinculada al concepto sociológico de "posición". Posición con referencia a qué? Ahí es donde interviene decisivamente el juicio subjetivo que abarca muchas veces a toda una colectividad. Porque ese concepto de "posición" se tiene realmente frente a la riqueza, al poder público (político), a la función social (profesión). Hay sociedades en las que la posición la determina, en cierta manera, la situación en la política. Puede una persona ser muy pobre de bienes de fortuna y ser considerada en esa sociedad con una alta posición por su ascendiente político. En cambio, hay otras en las que la política es más bien un lastre para la consideración social, como ocurre, por ejemplo, en México. Idéntico fenómeno ocurre en nuestro propio país en donde en unas ciudades la posición social está más orientada por la relación con el poder público que por la riqueza, mientras hay otros núcleos, dentro de los mismos países, en los que la posición política es más bien un reproche tácito a lo que se llama "las fuerzas del trabajo".

Función social como objetividad. — Pero a medida que va racionalizándose la sociedad, es decir, cuando avanza el proceso de socialización, va destacándose un factor objetivo muy importante que es el de la función social del individuo, como factor determinante de su "posición". La función social es el papel o aporte que el individuo hace para el beneficio o perjuicio de la sociedad. Cuando un grupo ha llegado a esa consideración, por encima de todas las demás, no es que haya incurrido en el utilitarismo sino que ha encontrado un patrón más objetivo que el linaje, la riqueza o el consumo para estimar a sus miembros. La actividad, de cualquier orden que sea, adquiere un predominio que determina más visiblemente el juicio de sus prójimos. Alrededor de esa actividad se produce también una movilización que varía según la vocación o las necesidades de cada grupo. Así en una comunidad abastecida, sin necesidades económicas apremiantes, la estimación recaerá sobre aquellos que se dedican a una función social más generosa y desinteresada como el arte o la sabiduría. En los círculos de aquellas llamadas por Veblen "clases ociosas", con un ocio fecundo, generalmente muy cultas, toda la estimación sobresale para aquellos miembros que crean estética o lógicamente en el arte o en el conocimiento. En cambio, en grupos no evolucionados culturalmente, obsesados por necesidades materiales, la estimación recaerá sobre aquellos individuos creadores que, con sus empresas, llenan huecos de la comunidad, proporcionando trabajo a los más, elevando su nivel de vida, esparciendo riqueza y bienes necesarios para el consumo.

Sociedades más completas serán, pues, aquellas en las que la estimación no es unilateral. Es decir, en las que se ha superado la antigua distinción entre lo que se llamaron antiguamente oficios nobles y viles. Su delimitación simplista era la de que, quienes se dedicaban a oficios muchas veces improductivos, se llamaban nobles, como la milicia, el estudio, etc. y los viles que eran los que se dedicaban a oficios manuales. En estas sociedades que decimos han superado esa simplista dicotomía de nobles y serviles, la estimación social recaerá sobre los in-

dividuos creadores en cualquier actividad, material, intelectual, artística o religiosa.

Este último ideal es, en cierta manera, el que alienta en "La República" de Platón y el que late subconscientemente en el fondo del ideal socialista. Rusia, por ejemplo, ha construido su estructura social con el predominio de los políticos, dedicados a realizar la arquitectura de la nueva sociedad, artistas, sabios, y trabajadores materiales. Aún cuando haya casos aislados de persecución, como en el caso Pasternack, el tono general es el de una infinidad de privilegios a los creadores de cualquier orden, artistas del ballet del Bolshoy, escritores, sabios en la física, la química y demás ciencias naturales (exclusivamente naturales) y políticos. Frente a ellos la masa anónima, la que no ha podido sobresalir en la universidad, academia o taller, está condenada a una especie de ostracismo que se ha asimilado muchas veces al trabajo de esclavos. Por eso no se entiende muchas veces desde fuera el criterio soviético de selección, y erradamente se habla de sueldos burgueses, de diferencias en la remuneración del trabajo. Pero si se ahonda la estimación que hay sistemáticamente debajo de todo eso, se encuentra con que un profesor universitario que, en las sociedades tradicionales es una especie de parásito mal remunerado, en la Unión Soviética tiene los mismos sueldos que un gerente en los Estados Unidos. Un químico que se destaque, un físico, un naturalista o un creador que sobresalga en el arte, tiene sueldos equivalentes a cinco y hasta diez mil dólares, para que vivan sin aulagas y puedan dedicarse a crear todo lo que son capaces. Resultado de eso es la ventaja que tomaron en el espacio con la emisión de los satélites, debido al trabajo paciente de sus sabios totalmente consagrados, sin escatimarles recursos, al descubrimiento y creación de aparatos que logren el total dominio sobre el espacio.

Mediante una dialéctica contraria estamos viendo reaparecer con distintos nombres privilegios sociales de carácter unilateral. En la sociedad así estructurada, idealmente se consagra la prevalencia social para la inteligencia materialmente productiva. Prescindiendo de las fallas concretas que puedan aducirse, el hecho es que el proceso de la educación está encaminado a seleccionar a los mejores. En Rusia la educación primaria es gratuita y obligatoria; la secundaria o media es opcional y gratuita y la superior o profesional opcional y remunerada. El que logra llegar hasta la última etapa no sólo no paga su educación sino que el Estado lo remunera.

El reverso de la medalla es que los eliminados en ese proceso ingresan a los ejércitos de trabajadores materiales, con salario fijado por el Estado y sin iniciativa para elegir ni el trabajo ni el salario. Si se confía en la infalibilidad de los funcionarios del partido, representantes del Estado, para seleccionar a los más inteligentes y discriminar a los incapaces, hay que aceptar que en sus manos está consagrar los privilegios y lanzar a otros a la noria de los trabajos más duros. Implícitamente va allí la distinción otra vez de los trabajos nobles para los inteligentes y los viles para quienes no son capaces.

Profesión y clases. — Corolario de esta estimación por la actividad o función que desempeña el individuo en la sociedad es el pro-

blema de las “profesiones”. Sabido es que el profesionalismo, en la forma que lo conocemos actualmente, como preludio del especialismo, es relativamente nuevo. Casi podría localizarse su aparición en la época del Renacimiento, cuando salida nuestra sociedad occidental de la Edad Media, se empezó a estructurar la que conocemos actualmente. Hoy se advierte que, a medida que avanza la socialización de esta sociedad, las profesiones más decorativas van perdiendo influjo para dársele a las más socialmente creadoras. En algunas sociedades socialistas, por ejemplo, se desconoce ya la profesión de abogado y, en cambio, el prestigio social está sobre los químicos, los médicos, los físicos, los mecánicos. En general todo lo relacionado con la naturaleza y su conocimiento, la mecánica *verbi gratia*, ha adquirido el prestigio que tenían los magos o los sacerdotes en épocas abolidas.

La profesión es, en todo caso, heredera del “oficio” cuyo contenido sociológico va variando de edad. Tuvo en un principio sentido mágico cuyo acento adquiere tonos diferentes en las religiones. Son muy interesantes a éste respecto los estudios de Max Weber, tan discutido, sobre la ética protestante y la católica en su obra.

Hoy la profesión, en todo caso, tiene más relación con la capacidad que con la clase. Y la capacidad es medida, en cierta manera, por la utilidad que preste en algún aspecto a la sociedad.

Así el sabio que, en comunidades desorganizadas no tiene ninguna preeminencia como tal, en los grupos sociales estructurados adquiere una preeminencia social extraordinaria, tal como ocurre, por ejemplo en Rusia y en los Estados Unidos. En los demás pueblos prácticamente el hombre que se dedica al estudio está colocado, presumiblemente, en la llamada clase media económica, y es considerado relativamente como elemento no productivo de la sociedad. Mucha parte de la bohemia que asumen estos hombres se debe atribuir a una especie de resentimiento con una sociedad que desconoce los méritos de tales hombres. Consagrados a una labor creadora encuentran que la sociedad la considera estéril. Esa sospecha tácita existente sobre la productividad del intelectual y el artista, algunas veces justificada, es origen de fenómenos sociales muy interesantes que hay que enfrentar desde el punto de la psicología y la sociología. De esos grupos así salen generalmente los revolucionarios, los nihilistas y anarquistas, colocados por su propia voluntad al margen y contra la sociedad que los expulsa en el hecho de su seno.

Sociales, asociales, antisociales, revolucionarios. — Muy diferente es el caso del “anti-social”, porque en éste operan móviles de otra naturaleza, muchas veces patológica. Aun cuando viven en el seno de la sociedad, no comulgan en sus vigencias por incapacidad de tener conciencia de la especie. El revolucionario es, en cierta manera, un hombre que tiene más exceso de “lo social” de lo que encuentra como promedio entre los hombres con quienes vive. El “antisocial” es aquel en quien, por falta de conciencia de la especie, por incapacidad para funcionar con el promedio social exigible, propensos a un individualismo extremo viven espiritualmente al margen de la sociedad. Un día explotan contra ella, rompiendo todos los vínculos sociales que pue-

dan atarlo al grupo, por medio de la comisión del crimen. El revolucionario, podría decirse, se pone en contra de la sociedad en que vive por exceso de lo social, mientras el criminal se pone fuera de ella por defecto, por carecer de lo social.

Desde esta perspectiva en que ya nos hemos colocado, la función social o aporte social a la comunidad hay que ponerla en relación con la capacidad del individuo y la responsabilidad a él confiada. Sobre esto es capital el estudio de Ortega y Gasset, el "Poder Social", en el que se insiste especialmente en la voluminosa presencia que adquiere el hombre signado con una responsabilidad, no obstante que sea incapaz de sobrellevarla. El poder no da grandeza sino a los grandes. Pero la fijación del individuo en una clase determinada, si bien originaria de la capacidad y responsabilidad que tiene o acumula, se traduce en la práctica en el ingreso económico que le acarrea esa función, es decir, en su capacidad para impulsar la creación y de consumir a la vez bienes de la comunidad. Todo el círculo de intereses que se mueven en torno a un hombre así lo levantan en vilo de la estimación social y le fijan, en cierta manera, la escala en que es considerado.

Todo depende, pues, de la jerarquía, y organización de valores que tenga una sociedad y la manera como los pague. Si en Alemania, por ejemplo, los más altos rangos sociales son los de los militares y profesores universitarios, acusando así la vocación militarista de la nación, hay otros pueblos, en cambio, en donde esos cargos no representan gran cosa en el concierto de la sociedad y, consiguientemente, de ellos no se derivan ingresos suficientes para ocupar una posición económica.

Subdesarrollo cultural y económico. — El complejo social, como se ve está condicionado por la estructura interna de los valores que tiene una sociedad. Un pueblo culturalmente subdesarrollado, aun cuando económicamente alcance los niveles más altos, puede tener una clasificación social parcializada y unilateral. Bastará tener los mayores ingresos, así sea un bárbaro, para ocupar los primeros planos sociales y, en cambio, la sabiduría y el arte estarán subordinadas y oprimidas en la más humilde escala. A la inversa, una sociedad plenamente desarrollada culturalmente, aun cuando en el aspecto económico tenga un subdesarrollo lamentable, tendrá una escala de valores diferentes, en la que prevalecen los individuos de condiciones espirituales sobresalientes o de linaje, al fin y al cabo una espiritualidad esclarecida. Pero no puede desconocerse que estas sociedades languidecerán y serán abatidas al final por los grupos creadores, aun cuando sean primarios.

Los dos tipos de sociedad serán, en todo caso incompletos, insuficientes y truncos. Carecerán, en el primer caso, del elemento espiritual que da consistencia y duración a una sociedad, y, en el segundo, de la base económica suficiente para abastecer de continuo el refinamiento material que es también complemento de la cultura.

Lo anteriormente dicho expresa con la mayor claridad que la clase es una especie de la sociedad. El género, de todas maneras, es la sociedad, dentro de la cual caben esas especies que son las clases y, por eso, decimos siempre, **clases sociales**.

Pero ocurre que hay una clase dentro de esa sociedad que es, la que da el tono, pudiéramos decir, la que fija el nivel a que aspiran las demás clases. Ese tono no coincide siempre con las circunstancias económicas de la clase y, por eso hemos repetido que la categoría más objetiva es la función de la clase que, al fin y al cabo, está integrándose con las funciones de quienes pertenecen a ella. Una clase, pues, con plenitud, es un estilo de vida autónomo, dentro del cual sus integrantes se encuentran holgadamente. En el momento en que la gente se siente estrecha en la clase a que pertenece y que no ha elegido como una profesión, es porque hay algo vacío, algo que no marcha en ella. O esa clase es insuficiente en los valores de cultura con que abastece a sus miembros o el descontento es con la estructura general de toda la sociedad y surge el revolucionario. Como se ve, el problema plantea otro que es el de las mayorías y minorías que estudiaremos más adelante. Por lo pronto, sólo nos autoriza para adherir a lo que ha sostenido Spengler cuando afirma que toda clase es una forma de la cultura, una especie de propuesta tácita que una clase le hace a la sociedad para que acoja su estilo de vida.

De ahí que el desasosiego de clases, cuando las funciones y su remuneración no alcanzan a abastecer las necesidades para realizar sus valores intrínsecos, sea un síntoma de la insuficiencia general de toda la estructura de la sociedad. En los Estados Unidos, por ejemplo, donde el alto nivel económico de todas las clases, la efectiva oportunidad para todos de llegar a los más altos niveles económicos, capacita a cada clase para cumplir sus propios valores, no hay desasosiego social. La clase campesina, tan cerrada en sí misma, con apetencias tan netas y seguras en su género de vida, sabe que no tiene que envidiarle, por ejemplo, a la clase obrera, tan radicalmente distinta en sus apetencias y tono de vida.

Por todo lo que hemos visto debemos darnos cuenta de que el concepto de clase social es bastante inasible. Con un poco de rigor, es apenas posible fijar unas categorías objetivas con referencia a las cuales sea dable fijar la pertenencia a una clase. Gurvitch (1) ha señalado más bien unos factores negativos o excluyentes para fijar la concepción de la clase, al advertir muy sutilmente que el grupo es estructural, mientras hay un carácter aestructural en las manifestaciones de la sociabilidad (2).

Muy agudamente ha señalado Gurvitch a este respecto que los caracteres definitorios de la clase son: la suprafuncionalidad; incompatibilidad radical entre ellas; su impenetrabilidad por la sociedad global,

1) — Georges Gurvitch: *Traité de Sociologie*, Presses Universitaires de France, 1958.

2) — Ver sobre este aspecto principalmente lo que expresa en la obra citada, en las páginas 202 y 203, así como también su trabajo mimeografiado *Le concept de classes sociales de Marx a nos jours*, 1954.

su tendencia a la estructuración intensa y su unidad colectiva a distancia (3).

En efecto, la clase hay que tomarla por encima de los grupos, bien sea originarios o secundarios. No resulta opuesto así determinar la pertenencia a la clase por la función individual con la suprafuncionalidad de la clase como tal, lo que significa que en cada clase hay multitud de estratos diversos que han llevado a los autores más minuciosos a proponer hasta nueve clases sociales. Esos estratos, según las categorías objetivas que hemos ya analizado, pueden variar de matices en una misma clase, según la importancia que tenga la función desempeñada. Desde un amplio círculo de intereses irreductibles a otra clase, como sería, por ejemplo, el obrero que percibe jornal diario, es más fácil advertir el problema. Desde el que es contratista al destajo tratándose de obrero especializado en alguna rama, hasta el obrero común y corriente, sin ser calificado, hay una gama de matices que hace aparecer al primero como en un estrato superior al segundo. Este obrero pertenecería al estrato inferior, pero su círculo de intereses estaría siempre dentro de los del proletariado, igual que el obrero calificado.

También en la clase media, con intereses irreductibles a otra clase se advierten los matices. Las formas de la cortesía, una cultura determinada, traje, vivienda, transporte, son multitud de matices. Van desde los empleados burocráticos, pendientes de los cambios políticos, hasta los empleados elevados de la industria privada. Participan estos en los intereses de las empresas a que están vinculados; son solidarios con los patronos en el control. Empero, con intereses comunes a toda la clase media, cada vez que una medida oficial o privada puede comprometer seriamente sus intereses, se hace patente su solidaridad como clase, aun cuando haya matices en su posición.

En la alta clase social también hay estas diferencias de estratos pero una comunidad de intereses más o menos identificables, y se hacen visibles en el momento en que su estructura peligra.

El además, el talante como hoy se dice, también es una expresión de la clase. Permite realmente pensar en que hay una cultura comprometida en cada clase social. En las clases que lo tienen todo y en las que no tienen nada, bajo distintas expresiones, se advierte una

3) — Nos apartamos de la opinión de Gurvitch según la cual es imposible participar simultáneamente de dos o varias clases sociales. Encontramos contradictorio ese criterio con el de más adelante, página 261 de la obra citada. Al explicar ese concepto se afirma en la estructura de las clases y, más adelante, afirma que puede hablarse de estructura de grupos pero no de otras manifestaciones sociales, precisamente en el capítulo sobre las clases. "Cette situation ne découle pas seulement de la suprafonctionnalité des classes sociales, mais elle est due aussi à leur *structuration* pousse, qui implique irréductibilité des consciences et mentalités collectives... etc." Posiblemente sea una ley que opera en sociedades industrializadas pero, en cambio, no se ve muy claramente en sociedades subdesarrolladas económicamente.

altanería que es auto suficiencia en las primeras y resentimiento en las segundas.

La insatisfacción, el resentimiento, volvemos a repetir, denuncia la erosión de valores, el empobrecimiento de potencias en esa clase o la incapacidad económica de satisfacerlas. En cambio, cuando en una misma sociedad pueden coexistir distintas clases, con sus matices y estilos auténticos y plenos, hay una emulación fecunda, una riqueza de colorido que sustituye la envidia por la competencia, esplendiendo en el conjunto un brillo de plenitud y de sazón.

La sociedad uniformada engendra el aburrimiento y suprime el encanto de las naturalezas ejemplares.

Las sociedades en las que la nivelación de clases ha reemplazado las especies por el género pierden el encanto. Es decir, donde lo específico de cada clase ha sido suplantado por lo genérico, por ese nivel borroso y vago de lo humano y colectivo. Donde la individualidad de cada clase se ha abatido ante la prepotencia de lo colectivo y genérico, vienen el hastío y el aburrimiento que pertenecen a otra familia igualmente peligrosa de la psicología, tan funesta para una sociedad como el resentimiento. La uniformidad de estilo social, ese predominio del "hombre masa" sobre las metas individuales de los hombres o las clases egregias, es uno de los acontecimiento sociales de nuestra época en la que hasta el placer, tan absolutamente individual en otras épocas, es genérico, esquemático y planificado.

Esa subsunción en lo colectivo es el acontecimiento abultado que suscitó la superpoblación mundial. No es un hecho político, como se piensa superficialmente. Es un hecho social que se da parejamente en todas las clases. Basta con mirar hoy a la diversión. Como lo indica la propia palabra el hombre encontraba en lo diverso, en lo distinto, el medio de su placer. Hoy, al contrario, casi nadie está contento sino en multitud. Un baile, un espectáculo, el balneario, no satisfacen sino con la subsunción entre la multitud. Hay una especie de colectivización de los cuerpos a la que es necesario atribuir, no a inmoralidad, esa exhibición sin escrúpulos de todo el cuerpo a la multitud. Lo recoleto y aparte sobrelleva un veto de sospecha y desconfianza que antes recaía sobre el comportamiento opuesto.

Pero lo más peligroso es la colectivización también del espíritu. Se piensa y se siente colectivamente, no individualmente. El trabajo en equipo, tan necesario como instrumento de trabajo, se ha convertido en ideal de vida para economizar esfuerzo personal. La renuncia a las ideas propias para acoger las del equipo, aun cuando visiblemente sean inadecuadas, es un acto cotidiano. Técnicos en una rama, conocedores de un problema, renuncian súbitamente a la tesis que habían sostenido y demostrado para sumarse a la que expone el equipo por orden del Estado que lo comanda. Ese es un espectáculo permanente que se da en el orden de las relaciones internacionales.

Naturalmente la presión emergente que trae el continuo aumento de la población es el origen de esa colectivización. La política no hace sino sancionar el hecho. Pero hay recursos que permiten salvaguardar la individualidad en medio del oleaje, si una educación que tome conciencia del fenómeno, sabe resguardar la intimidad de cada

hombre. Si el espacio se reduce para cada uno por el crecimiento demográfico, promoviendo las viviendas colectivas, se hará más urgente salvar el principio de individualidad como una de las conquistas más elevadas que ha logrado el hombre en el dominio del espíritu. Quiere decir que la inevitable aglomeración que colectiviza, en cierto sentido, los cuerpos, necesitará más defensas en el espíritu para que logre conservar su identidad. Era más fácil discernirlo y alinderarlo cuando en las playas, verbi gratia, la carne humana se presentaba en kilos que ahora cuando se presenta en toneladas.

Como se observa es apenas una aproximación al tema que hay que reducir a unas categorías más o menos objetivas que nos permiten entenderlo para explicar el fenómeno de las clases.

BIBLIOGRAFIA

- Georges Gurvitch: *Traité de Sociologie*. Presses Universitaires de France, 1958.
- Moer Barrington: *Soviet Politics: The dilemma of Power*, USA, 1942.
- Veblen Thestain: *La Teoría de la Clase Ociosa*, F. de C. Económica, 19.
- Veblen Thestain: *The Theory of Leisure Clase*, USA. 1937.
- Bernard Barber: *Social Stratification*, USA, 1935.
- George Counts: *Social Status Of. Occupations*.